



La Legenda   
de los Cinco Anillos

# El Beso de la Muerte

UN MISTERIO DE DAIDOJI SHIN

JOSH REYNOLDS

minotauro



# EL BESO DE LA MUERTE

Un misterio de Daidoji Shin

JOSH REYNOLDS

minotauro

Título: *El beso de la muerte*

Copyright © 2022 Fantasy Flight Games. Reservados todos los derechos.  
La Leyenda de los Cinco Anillos y el logotipo de FFG son marcas comerciales de Asmodee Group y/o sus afiliados.

Versión original inglesa publicada en 2021 por Aconyte Books

Título original: *Death's Kiss*

Ilustración de la cubierta: Merilliza Chan  
Ilustrador del mapa de Rokugan: Francesca Baerald

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
© 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

© Traducción: Daniel Casado

Edición revisada por: María Ríos

ISBN: 978-84-450-1164-5  
Depósito legal: B. 8.066-2022  
Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestro boletín de novedades en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Web: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>

Facebook/Instagram/Youtube: @EdicionesMinotauro  
Twitter: @minotaurolibros

## CAPÍTULO UNO

### *El Teatro del Fuego Fatuo*

Daidoji Shin se llevó una taza de té a los labios. Un repentino estrépito de maderas cayendo le interrumpió a medio sorbo y el líquido caliente le quemó la lengua. Con un suspiro, dejó la taza con cuidado. A su alrededor, el interior del Teatro del Fuego Fatuo resonaba con el ruido del trabajo. Los operarios se movían de aquí para allá por todo el escenario mientras cargaban herramientas y tablonés. Sobre ellos, los obreros colocaban nuevas vigas para el tejado. Más abajo, en los bancos, los artesanos discutían sobre dónde colocar varias incorporaciones estéticas.

Shin estaba sentado en su palco privado, sobre un banco acolchado que aún olía ligeramente a humo. El teatro ya no eran unas ruinas quemadas, que era lo que había sido hacía tan solo unos pocos meses. Y tampoco conservaba el aspecto que había tenido antes de aquello, pues el nuevo propietario del teatro había decidido incorporar lo que —según la opinión de Shin— eran unas mejoras que necesitaba desde hacía mucho tiempo; entre ellas, extender el escenario, expandir los vestuarios y renovar por completo la zona tras bastidores. Todo ello era muy caro, pero también necesario para el futuro éxito del teatro.

O eso era lo que Shin le aseguraba a quienquiera que le importara lo suficiente como para preguntar tales cosas. En su apogeo, el teatro había tenido la mala fama de contar con obras de teatro picantes y clientes revoltosos. Más recientemente, ha-

bía atravesado una etapa difícil en la que contaba con las actuaciones de compañías de teatro kabuki bastante aburridas para un público cada vez menos numeroso. Tras haber quedado destrozado por un repentino incendio, Shin había comprado las humeantes ruinas a su antiguo propietario y se había dedicado a renovarlo.

El hecho de poseer su propio teatro —lo cual le había parecido la mejor idea que había tenido nunca— había perdido algo de su atractivo desde entonces. Sin embargo, confiaba en que recuperaría el entusiasmo original una vez terminaran las reformas.

Shin posó la mirada sobre el montón de libros de contabilidad que tenía frente a él, sobre el pequeño escritorio que había colocado en el palco. Los libros contenían los registros financieros del teatro, y había estado estudiándolos a conciencia durante casi todo un mes para llegar a entenderlos. Hasta el momento, no había tenido mucho éxito. El teatro pendía de una red de deudas que no lo hacían nada rentable al mismo tiempo que lo mantenían a flote de algún modo.

A pesar de hacer todo lo posible por evitarlo, Shin anhelaba que se le presentara alguna distracción, la que fuera, que lo alejara del lío en el que se había metido él solo. A poder ser, algo que le llevara muy lejos de aquel lugar durante el tiempo suficiente para que el asunto se resolviera por sí mismo. Soltando otro suspiro, abrió el libro de contabilidad que estaba más arriba en la pila y empezó a leer la página por encima.

—Debo expresar mi desacuerdo, mi señor. No es apropiado que se vea a un hombre de su posición en este tipo de lugares. —La frase estaba cargada de un veneno modesto y sutil, lo que era apropiado para un cortesano que hablaba con alguien que era, en principio, su superior. Shin alzó la vista, esbozó una débil sonrisa y miró a su interlocutor con ojos entornados.

Junichi Kenzō era un hombre delgado como una aguja e iba vestido de azul. Tenía el rostro afilado y la expresión contraída

típica de alguien que solo esperaba encontrarse con una decepción. Había estado sentado en silencio, si bien con clara impaciencia, desde que le habían llevado hasta el palco de Shin unos momentos atrás. El Daidoji, sin demasiados reparos, había decidido dejar que el hombre se pusiera un poco nervioso.

Shin cerró el libro y lo colocó con destreza sobre los otros que tenía frente a él. Al igual que su invitado, llevaba un kimono de la mejor seda azul, aunque el de Shin estaba engalanado con un patrón diseñado para atraer las miradas de cualquier observador, incluso las del más distraído. Llevaba su cabello blanco recogido, apartado de sus rasgos delgados y apuestos, pero había dejado algunos mechones sueltos para que le enmarcaran el rostro de una manera más bien deliberada. Se esforzaba mucho para asegurarse de presentar un aspecto atractivo, incluso algo libertino.

—¿Y qué tipo de lugares son esos, maestro Kenzō?

Shin cogió su abanico y lo abrió de un movimiento. Las varillas estaban hechas de acero y emitieron un susurro placentero cuando las extendió. Si Kenzō se percató de ello, no lo demostró. Quizá porque él también era cortesano y estaba familiarizado con los abanicos de hierro y sus muy variados usos.

Kenzō torció el gesto.

—Perdóneme, pero el ambiente está lleno de suciedad y ruido, mi señor. De hecho, incluso he oído que uno de los obreros maldecía hace unos instantes.

—Qué molesto habrá sido para usted —dijo Shin con su tono más compasivo antes de hacer una pausa—. Aunque creo que al individuo en cuestión se le había caído algo en el pie tan solo un momento antes.

—¡Eso no es excusa!

—Por supuesto que no. Por desgracia, los modales ya no son lo que eran.

—Si ese es el caso, ¿podría preguntarle por qué insistió en que

nos reuniéramos aquí, mi señor? —Kenzō señaló a sus alrededores con un ademán de la barbilla, y Shin se preguntó si Kenzō habría estado en el interior de un teatro en algún momento de su vida. A pesar de que los Grullas se enorgullecían de estar involucrados con las artes, no todos apreciaban tales eventos.

Shin se reclinó en su asiento y empezó a abanicarse.

—Debo confesarle, maestro Kenzō, que encontrarme en medio de todo este alboroto es algo estimulante. Los ruidos que provocan los obreros al hacer girar la rueda del progreso son algo poético, ¿no cree?

Kenzō no supo qué responderle y Shin aprovechó la oportunidad para examinarlo con mayor detenimiento. Ya conocía a aquel tipo de personas: hombres insignificantes que buscaban cualquier oportunidad para impresionar a sus superiores y asombrar a sus subordinados. No era ningún bravucón, solo metiche y algo molesto.

Por desgracia, también era el senescal del abuelo de Shin, y, como tal, hablaba con la voz del Concilio Comercial Daidoji. Shin bebió un sorbo de su té, que ya estaba frío, hizo una mueca y le indicó al sirviente que aguardaba en la puerta que le sirviera otra taza.

Kenzō puso una mano sobre su propia taza cuando el sirviente intentó hacer lo mismo por él.

—Sea como sea, estoy seguro de que cuenta con otras personas capaces de lidiar con tales asuntos. —Su desaprobación puntualizaba cada palabra.

Desde su llegada hacía casi una semana, Kenzō había dejado muy claro lo que pensaban, tanto él como el abuelo de Shin, sobre su último emprendimiento de negocios. Dado que ninguna directiva para detener lo que estaba haciendo había acompañado la llegada de Kenzō, Shin había decidido soportar la desaprobación del senescal con toda la elegancia y el humor que era capaz de aunar; aunque, a decir verdad, se le estaba acabando bastante rápido.

Imaginaba que Kenzō acabaría por volver a casa en algún momento para informar a su abuelo de lo que sin duda era la última locura de Shin, por lo que lo único que debía hacer el Daidoji era capear la tormenta. Apoyó la mano sobre el libro de contabilidad que había estado estudiando antes de hablar.

—¿Es eso una oferta, maestro Kenzō? He oído que se le dan bastante bien los asuntos financieros. De hecho, se dice que mi abuelo suele pedirle consejo sobre tales cuestiones.

Kenzō, tal como Shin había esperado, se sintió claramente complacido al oír aquellas palabras.

—Es cierto, mi señor, estoy muy familiarizado con el lado pecuniario del mundo. Es por esa razón que estoy aquí, después de todo. Para inspeccionar sus finanzas... con su permiso, por supuesto, mi señor. —Agachó la cabeza, como si de repente hubiera recordado que Shin era su superior. No era más que un artificio, pero Shin lo agradeció de todos modos.

—Claro que tiene mi permiso, maestro Kenzō. —Shin habló como si nunca se le hubiera ocurrido pensar lo contrario. A decir verdad, le resultaba algo molesto. Kenzō, al parecer, actuaba en nombre del concilio, pero, en realidad, había sido enviado a aquel lugar para espiar a Shin y averiguar por qué ya no estaba usando su estipendio asignado.

Si bien no era el peor espía que Shin hubiera conocido, tampoco era el mejor. Aquel título en particular recaía sobre el hombre calvo y rechoncho que estaba sentado a su izquierda. El maestro Ito intercambió una mirada con Shin y le dedicó una sonrisa cómplice y discreta. Ito había estado observando a Kenzō a escondidas desde que este había llegado, y Shin se preguntaba qué pensaría del cortesano.

Ito iba vestido con la típica túnica sencilla de un comerciante. En principio, solo era uno de los tres comerciantes que Shin supervisaba en nombre del Concilio Comercial Daidoji. Los tres se encargaban de todos los asuntos de interés de las Grullas en la Ciudad de la Rana Rica.

Todos ellos pagaban una porción de sus beneficios a cambio de protección y, aunque no pertenecían a la familia Daidoji, sí se consideraban sus vasallos. Aquello les proporcionaba ciertas ventajas en cuanto a tasas de importación, diezmos anuales y cosas por el estilo. De los tres, Ito era el único cuyo nombre Shin podía recordar sin pararse a pensar.

Y había un buen motivo para ello. Si bien Ito se esforzaba por ofrecer un aspecto suave y modesto, su actitud no era más que una máscara que escondía una mente tan afilada como una daga. Le había sido de gran ayuda a Shin en un asunto anterior, lo cual había sido suficiente para que se ganara la confianza del Daidoji. Sabía todo lo que había que saber sobre las redes de comercio de la ciudad —fueran estas legales o no— y, con su consejo, Shin había invertido de forma privada en varios negocios del lugar, entre ellos el Teatro del Fuego Fatuo. Él también era un espía para las Grullas, aunque nunca lo diría con aquellas palabras.

Ito se aclaró la garganta al recibir la mirada de Shin.

—Mi señor, tal vez el maestro Kenzō sea justo el hombre que necesitamos en este momento. Después de todo, por mucho que le haya ofrecido toda la ayuda que he podido, no soy más que un humilde mercader. Estoy seguro de que un hombre con una reputación como la del maestro Kenzō será capaz de desenredar este particular nudo fiscal con suma facilidad.

Kenzō dirigió rápidamente la mirada a Ito antes de hablar.

—¿De qué nudo se trata? —A pesar de que seguía frunciendo el ceño, su voz llevaba un dejo de curiosidad.

—Tal como habrá imaginado, las finanzas de este teatro se encontraban en un pésimo estado cuando lo adquirí —explicó Shin, señalando los libros de contabilidad—. Hay todo un enredo de deudas, pagos, contratos y demás... y todo ello es mi responsabilidad ahora. Tales asuntos me parecen tediosos, pero debo resolverlos.

Kenzō entornó los ojos, y Shin vio un brillo en su mirada que le indicó que había leído al hombre correctamente.

—Ah, sí, desde luego, mi señor. Pero, como decía, usted debe tener asuntos más importantes de los que encargarse.

—Así es, pero debo encargarme de mi responsabilidad. Me temo que estaré ocupado con este asunto hasta que lo resuelva.

Kenzō se lamió los labios.

—¿Tal vez... pueda serle de ayuda?

Shin puso una expresión de sorpresa.

—¿Usted, maestro Kenzō? No sería capaz de infligir semejante incordio sobre sus hombros. No cuando tiene más deberes de los que encargarse...

—Mi señor, sería todo un privilegio para mí. Ya he llevado a cabo auditorías similares en nombre de su abuelo, aunque debo admitir que nunca ha sido para un negocio como este.

Shin se reclinó en su asiento, e Ito le acercó con suavidad el montón de libros de contabilidad a Kenzō. El cortesano prácticamente se frotó las manos por la alegría que casi no podía contener.

—No tema, maestro Kenzō. Estoy seguro de que todos los negocios son iguales en lo que concierne al dinero.

Ito tosió de forma educada, y Shin asintió. Se puso de pie con elegancia y se alisó su propio kimono azul con un gesto muy practicado.

—Por favor, póngase cómodo —continuó Shin—. Debo hablar con un obrero sobre un cargamento de linternas. Regresaré en un momento.

Kenzō, con la mente ya centrada en la tarea que lo ocupaba, casi ni recordó hacer una reverencia cuando Shin e Ito abandonaron el palco.

—Bien jugado, mi señor —dijo Ito, una vez se hubieron alejado lo suficiente—. Kenzō tiene la reputación de resolver problemas con entusiasmo. Con demasiado entusiasmo, de hecho.

—¿Quieres decir que se distrae con facilidad? —preguntó Shin. Abrió el abanico y lo agitó para dispersar los olores de alquitrán y serrín que impregnaban el teatro.

—Por decirlo de algún modo, mi señor. —Ito se inclinó

con respeto, casi con servilismo—. Si me lo permite, debo volver a mis propias tareas. Tengo entregas que organizar y cargamentos que contratar.

Shin le hizo un gesto con la mano, e Ito se marchó. El Daidoji se volvió para dirigirse a la figura que acechaba cerca, aunque de forma discreta.

—Es un hombre listo. Me alegro de haberme dado cuenta antes de que fuera demasiado tarde.

La chica, apoyada contra la pared, se rio por lo bajo.

—Y solo tardó un año en darse cuenta. —Se enderezó y le dedicó una mirada de desaprobación—. ¿Y el señor Kenzō?

Shin hizo un gesto con su abanico.

—Está ejerciendo su profesión tranquilamente por el momento.

—Le ha engañado.

—¿Yo? ¿Engañarle? No digas sandeces, Kasami. Estoy por encima de semejantes triquiñuelas. —Empezó a bajar por las escaleras que crujían bajo sus pasos para dirigirse al escenario. Kasami, dando fuertes pisotones tras él, soltó un resoplido de forma poco delicada. Había muy poca delicadeza y mucho menos tacto en Hiramori Kasami.

Hija de las marismas Uebe, había nacido en una familia vasalla, pero en aquellos momentos servía a los Daidoji de forma directa y sus habilidades habían sido afiladas hasta alcanzar una letalidad homicida. También era su guardaespaldas, algo de lo que ella se solía quejar largo y tendido.

—Eso no le tendrá ocupado mucho tiempo —dijo ella, con una expresión tensa. Si bien no fruncía el ceño, tampoco sonreía—. Dentro de poco recordará por qué lo enviaron aquí en primer lugar.

—No quememos el puente antes de llegar al río —dijo Shin, mientras observaba cómo los obreros colocaban una viga en su sitio sobre el escenario—. Por ahora, tal vez podamos exprimir un poco a nuestro invitado.

—Crucemos —le corrigió Kasami.

—¿Cómo?

—Se dice «cruzar el puente». No quemarlo.

Shin se abanicó.

—¿Acaso hay alguna diferencia?

—En teoría.

Su tono era casi irrespetuoso, y Shin alzó una ceja.

—Bueno, como suelo decir yo, a la cama no te irás sin saber una cosa más. —Hizo una pausa para esperar a la reacción de Kasami.

Su guardaespaldas no le dirigió la mirada.

—Que yo sepa, nunca ha dicho eso.

—Tal vez no me estabas escuchando —contraatacó él, burlón.

Kasami soltó un gruñido, pero no mordió el anzuelo. Shin soltó un suspiro.

—Aun así, supongo que tiene razón —dijo él—. Esperaba que mi abuelo fuera a dejar que me las arreglara solo, pero ya veo que he vuelto a despertar su interés.

—Es porque está gastando demasiado dinero.

—Técnicamente, no estoy gastando nada. Bueno, nada de su dinero al menos. —Shin puso una expresión de extrema inocencia. Kasami lo miró sin afectarse.

—Es probable que sienta curiosidad por saber de dónde está sacando el dinero.

—Y yo le he informado muchas veces... —Otra mirada gélida de Kasami le hizo corregirse a sí mismo—. Vale, le he informado al menos una vez sobre mis distintas inversiones. No es culpa mía que ignore mi existencia hasta que me vea metido en algún lío inesperado y que sin duda no merezco... —Se interrumpió al ver la expresión en el rostro de su guardaespaldas—. ¿Qué?

—Nada.

Shin le clavó la mirada.

—¿Insinúas algo?

—No osaría hacerlo, mi señor —repuso con un tono suave y respetuoso.

Shin estaba a punto de contestarle cuando vio a Wada Sanemon, director de la compañía de actores de las Tres Flores, la compañía que residía en el Teatro del Fuego Fatuo, dirigirse hacia ellos a toda prisa desde el otro extremo del escenario.

—Mi señor, mi señor —le llamó Sanemon. Era un hombre corpulento, de espalda ancha y una actitud nerviosa y titubeante. Estaba sudando a mares, como solía hacer, y tenía las mejillas sonrojadas—. Mi señor —resolló una vez llegó hasta ellos. Luego se dobló sobre sí mismo y apoyó las manos sobre las rodillas, jadeando.

Shin esperó con paciencia a que el hombre recobrará el aliento.

—¿Qué puedo hacer por ti, maestro Sanemon? —preguntó Shin una vez el director se hubo incorporado.

—Alguien quiere verle, mi señor —contestó Sanemon—. Una... eh... una dama. Desea... hablar con usted en privado. Me... me he tomado la libertad de llevarla a uno de los vestuarios tras bastidores. Por si acaso, ya sabe.

—¿Una dama? —Shin se espabiló de repente—. ¿Te ha dicho cómo se llama?

Sanemon bajó la voz, como si estuviera contándole un secreto.

—Iuchi Konomi, mi señor.

Shin abrió los ojos de par en par.

—Vaya, vaya. Pero qué interesante.